

sonalidades tendrá que aceptar el noventa por ciento de los sucesos como predestinados a acontecer... La vida es una síntesis en la que entra una gran suma de 'servidumbre y muy escasa de libertad» (2).

Pero justamente esa zona libre del ser, esa fragilísima base de la conciencia en que descansa el poder elegir, justamente ese elemento mínimo del hombre es el más sagrado, y aquel por el cual es propiamente hombre y creador de Historia. El problema de la libertad no puede plantearse cuantitativamente. El hombre hace la Historia y escoge su destino individual y colectivo en el Universo, porque radica en su intimidad el libre albedrío, aun cuando sea asentado sobre bases orgánicas fragilísimas, y en manifiesta inferioridad con relación al poderío ciego, ingente y tremendo de las fuerzas primordiales e inorgánicas del Cosmos.

En orden al libre juego de las fuerzas cósmicas, la voluntad humana nada significa; pero en orden a la Historia lo significa todo. El hombre, aun el héroe—la minoría genial—no puede todo cuanto desea; pero basta con que el deseo exista, basta con el querer ser proyectado desde la íntima entraña de la personalidad como una flecha de fuego sobre el torso del tiempo.

«El espíritu—dice Keyserling—sólo se realiza por medio de la iniciativa personal; sólo realizándose el cielo sobre la tierra se hace aquél real; estas verdades que nos son familiares hace mucho tiempo, adquieren tonos y colores vivos si se les considera en el conjunto de la Historia. En la Historia lo que debe acontecer sólo acontece cuando se ha querido personalmente. Si faltan las personalidades adecuadas nada puede hacerse. Es cierto que lo que es necesario acontece tarde o temprano, porque en un tiempo o en otro habrá de ser querido» (3).

